

Elizabeth Jane Howard

Un tiempo nuevo
Crónicas de los Cazalet

Traducción del inglés de
Celia Montolío

 **Siruela**

Nuevos Tiempos

Índice

Prólogo 17

Primera parte

Los hermanos: julio de 1945 21

Las chicas: agosto de 1945 64

Las esposas: octubre-diciembre de 1945 95

Los otros: enero-abril de 1946 132

Segunda parte

Archie: mayo-junio de 1946 215

Archie: julio-agosto de 1946 246

Tercera parte

Edward: 1946 265

Rupert: noviembre de 1946 276

Polly: septiembre-diciembre de 1946 298

Las esposas: diciembre de 1946-enero
de 1947 329

Cuarta parte

Louise: primavera de 1947 385

Clary: 1946-1947 410

Los otros: verano de 1947 437

Archie: 1946-1947 482

*Para Sybille Bedford,
con cariño y respeto*

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi paciente y generosa editora Jane Wood, quien con su mirada atenta y su aliento me ha acompañado mientras escribía tres de estos cuatro volúmenes. Sin ella, dudo que hubiera conseguido llegar hasta aquí.

Prólogo

Las líneas que siguen van dirigidas a todos aquellos que no hayan leído los tres primeros volúmenes de las *Crónicas de los Cazalet: Los años ligeros, Tiempo de espera y Confusión*.

En el verano de 1945, William y Kitty Cazalet, el Brigada y la Duquesita para la familia, llevan una vida tranquila en Home Place, su casa de campo de Sussex. El Brigada se ha quedado ciego. Tienen una hija soltera, Rachel, y tres hijos varones que trabajan en el negocio maderero de la familia. Hugh está viudo, Edward está casado pero mantiene una relación con otra mujer, y Rupert, desaparecido en Francia desde la batalla de Dunkerque, acaba de volver a Inglaterra y de reencontrarse con su mujer, Zoë.

El matrimonio de Louise, hija de Edward, con el pintor de retratos Michael Hadleigh hace aguas por todas partes. Tienen un hijo, Sebastian. Teddy, el hermano de Louise, que se fue a Arizona a formarse para ser piloto de la RAF, todavía no ha regresado con su novia estadounidense.

Polly y Clary, hijas de Hugh y Rupert respectivamente, comparten piso en Londres. Polly trabaja para un decorador de interiores y Clary para un agente literario. El hermano de Polly, Simon, está en Oxford y el hermano de Clary, Neville, continúa interno en Stowe.

Durante la ausencia de Rupert, Zoë dio a luz a la hija de ambos, Juliet.

Rachel vive para los demás, una entrega que a su gran amiga Margot Sidney (Sid), profesora de violín en Londres, se le hace muy dura.

Villy, la mujer de Edward, tiene una hermana, Jessica Castle. Está casada con Raymond y tienen cuatro hijos: Angela, que se acaba de prometer con un estadounidense; Christopher, que vive en una caravana con su perro y trabaja para un granjero; Nora, que se casó con un parapléjico y ha reconvertido la casa familiar de los

Castle en Surrey en una clínica para militares inválidos, y Judy, que sigue en el internado.

La señorita Milliment, la anciana institutriz de la familia, se irá a vivir con Villy y Edward cuando vuelvan a mudarse a Londres.

Diana Mackintosh, la amante de Edward, ha tenido un hijo con él.

Archie Lestrage, el amigo más antiguo de Rupert, sigue trabajando en el Almirantazgo y es el destinatario de casi todas las confidencias de los miembros de la familia.

Un tiempo nuevo comienza en julio de 1945, poco después del regreso de Rupert a Inglaterra.

PRIMERA PARTE

Los hermanos

Julio de 1945

—Así que he pensado que si me quedo hasta el otoño le dará tiempo a encontrar una sustituta adecuada. No quiero causarle molestias, por supuesto.

En el silencio que se hizo a continuación, se hurgó en la manga del cárdigan, sacó un pañuelito de encaje blanco y se sonó discretamente y sin efecto. La alergia siempre le daba la lata en esta época del año.

Hugh la miró consternado.

—No voy a encontrar a nadie que le llegue, ni de lejos, a la suela del zapato.

El cumplido la golpeó como un guijarro, y dio un respingo: su amabilidad era una de las cosas que más había temido de aquella conversación.

—Dicen que nadie es indispensable, ¿no? —respondió, aunque a la hora de la verdad, y esta lo era, ni ella misma se lo creía.

—Lleva tanto tiempo conmigo que no sé qué voy a hacer sin usted. —Cuando empezó a trabajar para él, todas las chicas llevaban el pelo a lo *garçon*; ahora, lo tenía cubierto de canas—. Hará más de veinte años. Santo cielo, cómo pasa el tiempo.

—Sí, pasa volando.

Tampoco esto era cierto, pensó. Pero en estos veintitrés años jamás se le habría ocurrido discutirle nada. Era evidente que estaba disgustado: el pequeño latido de la sien empezaba a notársele, y de un momento a otro se lo tentaría y se pasaría una mano trémula por el cabello.

—Y supongo —dijo Hugh una vez que hubo terminado de masajearse la cabeza— que no habrá modo de hacerle cambiar de opinión, ¿no?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Verá, es que se trata de mi madre. Como le decía, ya no puede quedarse todo el día sola.

Se hizo un breve silencio mientras Hugh se daba cuenta de que habían vuelto al inicio de la conversación. Ella le acercó la pitillera de madera de laurel (se la había llenado esa misma mañana, como de costumbre; para él era mucho más cómodo que tener que bregar con las cajetillas para abrirlos con una sola mano) y se quedó esperando mientras Hugh cogía un cigarrillo y lo encendía con el mechero de plata que le había regalado su mujer el año de la Coronación. Había sido el año en el que la firma había aportado el olmo del que salieron todos los escabeles de la abadía de Westminster; había visto el escabel que compró después el señor Edward, tan bonito, con aquella trencilla de terciopelo azul y dorado. Estaba orgullosa de que hubiera sido la madera de los Cazalet, y no la de otros, la elegida para un acontecimiento que formaba parte de la historia. ¡Cuántos recuerdos para su jubilación!

—Estaba pensando —dijo— que si quiere puedo ayudarlo a buscar una persona.

—¿Sabe de alguien que pueda valer?

—¡No, eso no! Es que se me ha ocurrido que podría echarle una mano con la selección de las candidatas que se presenten a la entrevista.

—Seguro que usted lo haría mucho mejor que yo.

La cabeza estaba a punto de estallarle.

—¿Quiere que abra la ventana?

—Sí, por favor. En días como estos, no es bueno tenerlo todo cerrado a cal y canto.

Apenas hubo descorrido el pestillo y abierto unos pocos centímetros la pesada hoja de guillotina, la cálida brisa trajo los gritos entrecortados y estridentes del viejo vendedor de periódicos de la esquina.

—¡Extra elecciones! ¡Salen dos ministros! ¡Victoria aplastante de los laboristas! ¡Lean, lean!

—Mande a Tommy a por el periódico, si hace el favor, señorita Pearson. No suena bien, pero siempre es mejor estar enterado.

Se encargó ella, porque además de que a Tommy, el mozo de la oficina, no había nunca modo de encontrarlo, su habilidad para moverse a cámara lenta no tenía nada que envidiarle a la de un oso perezoso, como lo había descrito una vez Rupert. Iba a echarlos de menos a todos, se dijo para sus adentros intentando diluir la horrible

sensación de pérdida inminente. Y solo era el principio. Habría una fiesta de despedida en la oficina, le desearían suerte y brindarían a su salud, también puede que hicieran —sí, seguro que sí— una colecta para un regalo de despedida. Después, esperaría al autobús que la llevaría por última vez a la estación, se caminaría los veinte minutos que había entre New Cross y el 84 de Laburnum Grove, metería la llave en la cerradura, entraría, cerraría la puerta y... y sanseacabó. Su madre siempre había estado resentida con ella porque había nacido fuera del matrimonio, no valía un comino, le decía cada vez que perdía la paciencia. Sí; aunque fuera poco, saldría: a hacer la compra, a devolver libros de la biblioteca y quizá, de vez en cuando, podría hacer alguna escapadita al cine, aunque iba a tener que mirar mucho el dinero. Al jubilarse con tanta anticipación renunciaba a una buena parte de la pensión que la firma asignaba a todos sus empleados. En cualquier caso, ni hablar de irse de vacaciones, a no ser que a su madre se le curase la incontinenencia; y ahora que iba a estar ella todo el día en casa para prevenir sorpresas, tampoco lo descartaba.

En las últimas semanas se le había pasado por la cabeza que su madre estaba haciéndolo aposta, pero no estaba bien ser una malpensada.

Cuando volvió con el periódico, saltaba a la vista que el señor Hugh tenía una de sus jaquecas. Él mismo había bajado la persiana, de manera que el sol ya no daba en el escritorio ni centelleaba sobre el gran tintero de plata que nunca utilizaba. La señorita Pearson dejó el periódico sobre el escritorio.

—¡Santo cielo! Macmillan y Bracken, fuera. Se predice una victoria aplastante. ¡Pobre Churchill!

—Sí, qué lástima, la verdad. ¡Con todo lo que ha hecho por nosotros!

Después lo dejó solo, pero antes de instalarse en el cuartito de atrás, donde escribía a máquina y tenía todos sus archivadores, le pareció que debía decir que por supuesto se quedaría un poco más..., en cualquier caso, hasta septiembre, y más tiempo si al señor Hugh le costaba dar con una sustituta como Dios manda.

—Es usted muy amable, señorita Pearson, de veras. No hace falta que le diga lo mucho que me apena que se marche.

Aunque él sonreía, a la señorita Pearson no se le escapó que la jaqueca estaba atormentándolo.

En el servicio de señoras, donde se metió a derramar unas lagrimas breves y silenciosas, pensó fugazmente en lo distinto que sería

todo si el motivo de renunciar a su trabajo fuese que iba a cuidar a alguien como el señor Hugh en lugar de a su madre. La idea no podía ser más absurda; ¿cómo se le habría ocurrido?

Apenas la señorita Pearson hubo salido y cerrado la puerta como hacía siempre que él tenía una de sus jaquecas (las mil maneras que tenía de demostrarle que estaba al tanto de su dolor le solían irritarlo a más no poder, pero al cabo de tantos años la irritación había dado paso a la indiferencia), Hugh apartó el periódico, se recostó en la silla, cerró los ojos y esperó a que el calmante le hiciera efecto. La perspectiva de un Gobierno laborista —impepinable, según todos los indicios— era alarmante. Se veía que, en el momento decisivo, las ideas tenían más importancia que las personas, lo cual, aunque quizá demostrase cierta superioridad moral, no dejaba de ser una sorpresa de mal gusto. Churchill era, con razón, toda una institución nacional, todo el mundo lo conocía: su exuberancia, su oratoria, su bronquitis, sus puros, mientras que de Attlee se sabía muy poco y la mayoría de la gente nada en absoluto. El voto de las fuerzas armadas, concluyó, debía de haber sido el factor decisivo. Semejantes cavilaciones fueron interrumpidas por la aparición de Cartwright con su informe sobre el estado de los camiones de la firma, que en los últimos tiempos venían dando muchos quebraderos de cabeza. La mayoría había llegado a un punto en el que ya no era rentable mantenerlos, pero aún pasaría un tiempo hasta que hubiese una cantidad suficiente de camiones nuevos disponibles. «Vas a tener que apañártelas como puedas, Cartwright». Y Cartwright, con aquella sonrisa cadavérica que dejaba al descubierto una plétora de dientes amarillentos sin apenas alegría, terminó con su queja habitual sobre el repintado de los vehículos. Los camiones Cazalet eran azules con rótulos dorados, y era esta su marca de distinción; pero el azul se desvaía tan deprisa que necesitaban un mantenimiento constante. A Cartwright le fastidiaba tener que asignar su presupuesto a tal menester, sobre todo para la flota antigua que seguían utilizando, pero años atrás el Brigada había dictaminado que los camiones tenían que ser azules para que se distinguiesen del resto de los camiones en circulación. Ni Hugh ni Edward eran partidarios de romper esta tradición, más aún teniendo en cuenta que, si lo hacían, su padre ya no estaba en condiciones de verlo.

—No empiece con lo de siempre, Cartwright, pero de todos modos suspenda por ahora el repintado hasta que hable con Rootes para ver si pueden fabricarnos algún camión.

—Al precio que está la gasolina, señor, mejor los Seddon que los Commer, si es que podemos elegir.

—Sí. En efecto. Buena observación.

Cartwright dijo que bueno, que se iba ya, pero no dio muestras de hacerlo. Resultó que tenía un sobrino al que iban a desmobilizar de un momento a otro, el hijo del hermano de su mujer, explicó. La familia vivía en Gosport y, en fin, lo mismo había trabajado para él en el nuevo muelle de Southampton. Hugh dijo que le preguntaría a su hermano y Cartwright respondió que muchas gracias, que le haría un gran favor. Después, esta vez sí, se marchó.

La punzada de irritación y de angustia que sentía Hugh cada vez que oía mencionar Southampton vino acompañada en esta ocasión de una punzada más fuerte y apremiante en relación con la marcha de la señorita Pearson. No tenía para nada ganas de formar a una secretaria nueva al cabo de tantos años. «Mira que eres reacio a los cambios, cariño», le había dicho Sybil la vez que protestó porque se había cambiado de lado la raya del pelo. ¡Dios, poco le importaría ahora lo que hiciera con su pelo, con tal de que estuviese viva! Habían transcurrido ya tres años, tres años y cuatro meses, desde su muerte y tenía la sensación de que lo único que le había pasado en todo este tiempo era que, por desgracia, se había acostumbrado a echarla de menos. En esto consistía superarlo, decía todo el mundo.

Llegado a este punto recurrió, como siempre, a decirse a sí mismo que al menos Sybil ya no sufría; lo último que le habría deseado, lo que no habría sido capaz de soportar, era que se prolongase semejante calvario. Mejor que hubiese muerto y lo hubiese dejado solo a que hubiese seguido atormentada por aquellos dolores tan atroces.

Terminó de leer y de firmar las cartas que le había traído la señorita Pearson cuando le había anunciado que se iba. Mientras él salía a almorzar, ella se encargaría de meterlas en sobres. La llamó por el interfono y le dijo que le pidiese un taxi y que a lo mejor tardaba en volver.

Iba a comer con Rachel; al menos no era una de esas comidas de negocios regadas de alcohol que tan cuesta arriba se le hacían después de una jaqueca. Se dio cuenta de que se pasaba la vida diciéndose que las cosas podrían haber sido peores.

Habían quedado en un pequeño restaurante italiano de Greek Street; lo había elegido porque era tranquilo y seguramente servían platos del gusto de Rachel. Al igual que a la Duquesita, que jamás de

los jamases comía fuera de casa, a Rachel le inspiraba una profunda desconfianza la «comida comprada», era muy indigesta o demasiado elaborada o, por lo que fuera, peligrosa. Pero en esta ocasión había sido ella la que había sugerido que salieran a comer; total, tenía pensado pasar la noche en Londres porque había quedado con Sid para ir a un concierto.

—Tenemos que hablar como sea de Home Place, Chester Terrace y todo eso —había dicho—. No hacen más que sacarme el tema por separado y explicarme lo que quieren hacer, pero entre ellos dos no se ponen de acuerdo. Es inútil que intentemos hablar durante el fin de semana, seguro que nos interrumpen.

Pero cuando llegó al restaurante salió a saludarlo Edda, la anciana propietaria, que le dijo que las señoras estaban arriba. Al acercarse a la mesa, vio a Rachel... con Sid.

—Cielo, espero que no te importe. Sid y yo habíamos medio quedado en pasar el día juntas y me olvidé de nuestra cita al hacer los planes con ella.

—Pues claro que no. Me alegro de verte, Sid —dijo con tono cordial. En su fuero interno, Sid se le antojaba un poco rara: una especie de muchachito viejo, con aquel grueso traje de *tweed* con camisa y corbata que parecía que no se quitaba en todo el año, el pelo corto pasado de moda y aquel cutis como de cáscara de nuez, pero era la mejor amiga de su querida Rachel, por no decir la más antigua y la única, y por tanto merecía su buena disposición—. Para mí es casi como si fueras de la familia —añadió, y se vio recompensado por el ligero rubor que tiñó por un instante el rostro angustiado de su hermana.

—¿Lo ves? —le dijo Rachel a Sid antes de volverse hacia él—. He tenido que convencerla para que viniera.

—Sé que tenéis que hablar de asuntos de familia y, en fin, no quería estorbar. Prometo estar calladita. No voy a decir ni pío.

Pero de calladita, nada. Tardaron un rato en ir al grano; primero había que elegir los platos. Rachel, después de leer detenidamente el menú, acabó preguntando si podía pedir una simple tortilla, una pequeñita. Para entonces, Hugh y Sid ya se habían decidido por la minestrone y el hígado estofado y estaban tomándose un martini que Rachel había rechazado.

Se pusieron a fumar mientras esperaban a que les sirvieran: le había comprado a Rachel una cajetilla de Passing Clouds, que sabía que eran sus preferidos después de los cigarrillos egipcios, prácticamente imposibles de encontrar.

—¡Ay, cielo, gracias! Aunque Sid ha encontrado mi marca de siempre no sé dónde, como por arte de magia... No sé cómo lo hace.

—Sé de un sitio que a veces los tiene, nada más —dijo Sid con el tono despreocupado de quien cree compensadas las exiguas proporciones de sus modestos triunfos con frecuencia de los mismos.

—Bueno, de todos modos tú quédatelos, de reserva —dijo él.

—Me mimáis demasiado.

Rachel se los metió en el bolso.

Cuando llegó la sopa, Hugh le sugirió que empezase por los problemas de sus padres. El Brigada quería volver a Chester Terrace para estar más cerca de la oficina, «aunque el pobrecillo apenas puede hacer nada cuando va», pero la Duquesita, quien siempre había detestado la casa y decía que era sombría, oscura y, en cualquier caso, demasiado grande para ellos dos solos, quería quedarse en Home Place.

—En realidad, Londres no le gusta nada, pobrecita mía; lo que quiere es estar cerca de su jardín de rocalla y de sus rosas. Y le parecería mal que los nietos no pudieran disponer de la casa en vacaciones. Pero él allí se pone nerviosísimo, ahora que no puede cabalgar, ni salir a cazar ni seguir construyendo... Y no hacen más que contarme a mí lo que quieren, pero entre ellos no hablan. Conque ya ves...

—¿Y no podrían, simplemente, retomar la situación de antes de la guerra? Mantener las dos casas, y así la Duquesita podría estar en el campo cuanto quisiera.

—No, no creo que pudieran. Eileen ya no está para subir las escaleras de la casa de Londres y el Brigada les ha prometido a la señora Cripps y a Tonbridge que cuando se casen les dará la casita de encima del garaje; sería injusto obligarlos a mudarse. En Chester Terrace harían falta tres criados como mínimo, y por lo que dicen es casi imposible encontrar a alguien de confianza. Según las agencias, las chicas ya no quieren servir. —Hizo una pausa y después añadió—: ¡Ay, Dios! Espero no haberos fastidiado la sopa..., ¡con la pinta tan deliciosa que tiene!

—¿Quieres probar? —Sid le ofreció una cucharada.

—No, gracias, cielo. Como tome sopa no me va a caber nada más.

—Y a ti ¿qué te gustaría hacer?

—Buena pregunta —dijo Sid al instante.

La pregunta dejó perpleja a Rachel.

—No lo tengo pensado. Lo que los haga más felices a ellos, supongo.

—No te ha preguntado eso. Te ha preguntado qué te gustaría hacer a ti.

—¿No te gustaría vivir en Londres?

—Bueno, en cierto sentido estaría muy bien.

Mientras retiraban los platos soperos y traían el segundo plato y servían, Rachel explicó que le sería más fácil ir a trabajar un tercer día a la oficina si viviera en Londres. Le costaba mucho mantener el ritmo de trabajo con su jornada actual de dos días, encima todos le iban a ella con sus problemas. Y de ahí pasó a contarles la última desgracia a la que había prestado oído: se trataba de Wilson, cuya esposa estaba en el hospital; no había abuelos que pudieran ocuparse de los niños, y les habían bombardeado la casa y vivían en un sótano húmedo de dos habitaciones, y su hermana, que podría haberse llevado a los niños, estaba divorciándose porque su marido, que estaba a punto de licenciarse en la Armada, quería casarse con una chica a la que había conocido en Malta, vamos, que la hermana tenía un disgusto tan grande que no estaba en condiciones de cuidar de nadie...

La tortilla estaba quedándose fría en el plato.

—Ay, Dios mío —exclamó dándole un mordisquito—, estoy aburriéndooos con mis estúpidos problemas de oficina...

Pero no eran sus problemas, se dijo Hugh, eran los problemas de otros. Se preguntó, por un instante, cómo diablos se las había apañado el personal antes de que Rachel se incorporase a la firma. Sobre el papel, su trabajo consistía en ocuparse de los sueldos, los seguros y los turnos de vacaciones del personal, además de la contabilidad de los gastos menores y del material de oficina. Sin embargo, se había convertido en la persona a quien todo el mundo acudía con sus problemas, tanto de dentro como de fuera de la oficina, y a estas alturas sabía mucho más sobre todos y cada uno de los empleados de los Cazalet de lo que él y sus hermanos jamás habían sabido.

—Pero nada de esto tiene que ver con lo que te gustaría hacer a ti —dijo Sid.

Hugh notó cierta crispación en su voz; era un tono casi acusador.

—Bueno, claro, en otros sentidos estaría bien, pero este tipo de decisiones no pueden tomarse por razones puramente egoístas.

—¿Por qué no? —Se hizo un silencio breve y tenso, luego Sid

insistió—: A ver, explícamelo. ¿Por qué son más importantes los sentimientos de los demás que los tuyos?

Sonaba casi como si estuviese hablando de sus propios sentimientos, pensó Hugh, empezaba a sentirse un poco perdido y, desde luego, bastante incómodo. ¡Pobre Rach! Lo único que quería era que todo el mundo estuviese contento; era injusto hostigarla por ello. Vio que se había puesto muy pálida y que no se molestaba en fingir siquiera que se comía la tortilla.

—Bueno —medió Hugh—, yo creo que habría que renunciar a Chester Terrace. Es demasiado grande, y sería mejor venderla que seguir con el contrato de arrendamiento ahora que todavía queda bastante tiempo por delante, para que no tengan que hacerse cargo ellos de las reparaciones. ¿Qué tal si conservan Home Place y os buscamos un piso en Londres a ti y al Brigada, para cuando quiera venir? Así la Duquesita podría quedarse en el campo. Para el piso te bastaría con una criada y una asistente, ¿no?

—Un piso... No sé yo si estarían dispuestos a barajar siquiera la posibilidad. El Brigada diría que los pisos son cuchitriles y la Duquesita, que son guaridas para crápulas; dice que ahí solo viven hombres solteros.

—Tonterías —dijo Sid—. Montones de personas acabarán viviendo en pisos, de la misma manera que tendrán que aprender a guisar.

—¡Pero no a la edad de la Duquesita! ¡No puedes pedirle a una persona de setenta y ocho años que se ponga a aprender a guisar! —Se hizo un silencio incómodo, tras el cual concluyó—: No. Si alguien ha de aprender a guisar, esa soy yo.

Sid, con gesto contrito, extendió la mano para tocar el brazo de Rachel.

—*Touché!* Aunque es de tu vida de lo que estamos hablando, ¿no?

Hugh se sintió un poco molesto al ver que intentaba incluirlo a él. A pesar de su promesa de que no iba a decir ni una palabra, estaba inmiscuyéndose en algo que no era de su incumbencia. Le hizo una seña al camarero para que trajese la carta y, dirigiéndose solo a Rachel, dijo:

—No te preocupes, cariño. Hablaré con el Brigada para buscar una alternativa a Chester Terrace y entre tú y yo encontraremos un lugar adecuado. En el peor de los casos, siempre podrás quedarte en mi casa una temporada. A ver, ¿a quién le apetece un helado, una macedonia de frutas o las dos cosas?

Cuando por fin convencieron a Rachel —que se había apresurado a decir que no le entraba ni un bocado más— para que tomase algo de macedonia y Hugh y Sid se hubieron decidido por un poco de cada cosa, Hugh pidió café para todos y alzó su vaso.

—¿Por qué queréis brindar? ¿Por la paz?

—Yo creo que deberíamos brindar a la salud del pobre Churchill, en vista de cómo le estamos fallando. ¿No os parece increíble que le quieran dar la patada justo cuando se termina la guerra? —contestó Rachel.

—No ha terminado del todo. Como poco, calculo que quedan dos años de guerra en Japón. En fin, lo que no puede negarse es que al menos los otros están acostumbrados a gobernar..., en cualquier caso, a nivel de gabinete.

Sid dijo:

—Yo, la verdad, estoy a favor de los otros. Ya es hora de que haya un cambio.

Y Hugh:

—Yo creo que lo que quiere la mayoría es volver a la normalidad lo antes posible.

—Pues yo no creo que vayamos a volver a nada —replicó Rachel—. Creo que va a ser todo distinto.

—¿Te refieres a todo eso del estado del bienestar y un mundo feliz?

Al ver que el rostro de su hermana se contraía en una sucesión de mohínes, de repente se acordó de cuando Edward y él la llamaban «monito» para hacerla rabiar.

—No, lo que digo es que la guerra ha cambiado a las personas, ahora se portan mejor unas con otras. —Se volvió hacia Sid—. Tú estás de acuerdo, ¿no? O sea, ha habido que compartir más las cosas, sobre todo las terribles, como los bombardeos, las separaciones y los racionamientos, además de la muerte de tantos hombres en el frente...

—Yo lo que creo es que ya no hay la indiferencia arrogante de antes —dijo Sid—, pero como no llegue un Gobierno laborista no dudes que no tardará en volver.

—Soy una negada para la política, ya lo sabéis, pero entiendo que los dos piden las mismas cosas, ¿no? Mejores viviendas, una educación más larga, igualdad de salarios...

—Es lo que dicen siempre.

—No, no decimos lo mismo. Nosotros no tenemos pensado na-

cionalizar los ferrocarriles, las minas de carbón, etcétera. —Fulminó a Sid con la mirada—. Va a ser un caos. Y, desde nuestro punto de vista, significa que pasaremos de tener una nutrida clientela a tener un solo cliente.

El camarero les trajo el café; menos mal, se dijo Hugh: si algo no deseaba era discutir con Sid de política. Tenía miedo de ser grosero con ella y que Rachel se llevase un disgusto.

En este momento, su hermana estaba diciendo:

—¿Qué piensas hacer? Con tu casa, quiero decir. ¿Vas a quedarte? Edward y Villy van a vender la suya y están buscando un sitio más pequeño, cosa que parece sensata.

Para que Edward pueda permitirse otro lugar en el que meter a la mujer esa, pensó.

—No lo sé. Le tengo cariño. Sybil decía que jamás querría irse a vivir a otro sitio.

Se hizo un breve silencio. Después, Sid dijo que enseguida volvía.

—La señorita Pearson me deja —explicó Hugh para cambiar de tema.

—Vaya por Dios. Me lo temía. Su madre está prácticamente inválida. Me contó que la semana pasada se encontró a la pobre anciana tirada en el suelo al volver a casa. Se había caído intentando levantarse de la butaca y no podía ponerse de pie.

—La voy a echar de menos.

—No lo dudo. Para ella es terrible, porque no va a cobrar la pensión completa. De eso quería yo hablarte. Me temo que va a ir muy achuchada.

—Algo habrá ahorrado..., lo menos lleva veinte años con nosotros.

—Veintitrés, para ser exactos. Pero su madre solo tiene una minúscula pensión de viudedad que morirá con ella. Aparte de la casa, a Muriel no va a quedarle nada, y me da que para cuando fallezca su madre será demasiado mayor para encontrar otro trabajo. ¿No te parece que, dadas las circunstancias, tal vez deberíamos procurar que reciba la máxima jubilación?

—El Jefe diría que estamos sentando un precedente peligroso. Si se le da a ella, todos los demás pensarán que tienen derecho al mismo trato.

—Eso es absurdo —replicó con una brusquedad impropia de ella—. El Jefe no tiene por qué enterarse, ni tampoco el resto del personal.

Hugh la miró: en su rostro había una ferocidad inusitada, una expresión que desentonaba tanto en ella que casi le entró la risa.

—Sí, tienes toda la razón del mundo. Has conseguido ablandar este corazón de piedra tan conservador.

Rachel sonrió, arrugando la nariz como siempre que quería añadir afecto a una sonrisa.

—Tu corazón, cielo mío, es de todo menos de piedra.

En ese momento regresó Sid; Hugh pidió la cuenta y Rachel dijo que iba un momento al baño.

En cuanto se fue, Sid comentó:

—Gracias por la comida, has sido muy amable conmigo.

Hugh apartó la vista del cheque que estaba rellenando: Sid estaba toqueteando el azúcar del café y no pudo evitar fijarse en sus manos, fuertes y elegantes pero al mismo tiempo un poco masculinas.

—Verás —dijo Sid—, sé que no debería haber dicho nada sobre lo que son, desde tu punto de vista, asuntos puramente familiares, ¡pero es que Rachel jamás se permite nada! Se pasa la vida preocupándose por los demás..., nunca piensa en ella. Y me imaginaba que ahora que la guerra ha terminado (al menos aquí) por fin podría plantearse tener una vida propia.

—Quizá no quiera.

Por la razón que fuese, aunque por más vueltas que le diera no se le ocurría cuál podía ser, Hugh sospechó que este inofensivo comentario la alcanzaba de lleno. Por una fracción de segundo pareció que se quedaba desolada; después dijo, en voz tan baja que apenas se la oía:

—Ojalá te equivoques.

Rachel volvió. Al salir a la calle se despidieron, él para volver a la oficina y ellas para irse de compras a Oxford Street: a HMV a por discos y a Bumpus a por libros. «Es de lo más práctico, están casi puerta con puerta». Flotaba en el ambiente cierta voluntad de disculpa por ambas partes.

Mucho más tarde, al acabar la jornada, había cogido el 27 de vuelta a Notting Hill Gate, había recorrido a pie el tramo entre Lansdowne Road y Ladbroke Grove y al entrar en la silenciosa casona se había acordado del comentario de Rachel sobre su corazón: de todo menos de piedra, había dicho. Pero el problema no era tanto la textura de su corazón como si, en efecto, lo seguía teniendo. El esfuerzo de intentar transformar el duelo en pena, de nutrirse exclusivamente del pasado, incluso de continuar creyendo aquellas cosas que la nostalgia perfilaba con más nitidez (veía que empezaba

a dudar de su memoria, que se le escapaban los entresijos de los recuerdos menos importantes), y, sobre todo, la terrible falta de algo que pudiese aspirar siquiera a sustituirlas le habían dejado exhausto. Sentir había pasado a ser una actividad que ya no enriquecía el presente; se arrastraba de un día al siguiente sin expectativas de que fuese a ser distinto. Por supuesto, era capaz de irritarse con nimiedades, como que el coche no arrancase o que la señora Downs se olvidase de recoger la ropa sucia para la colada, también de angustiarse (¿o quizá, simplemente, enfadarse?) por lo de Edward y la tal Diana Mackintosh (Hugh se había negado en redondo a conocerla); desde aquella vez que fracasó en su intento de hacerle ver a su hermano que tenía que renunciar a ella, se había negado a hablar más del tema. A raíz de esto, se había vuelto muy difícil charlar de nada con el relajo de antes: se quedaban en un estado de discrepancia y crispación en torno a cuestiones como el proyecto de Southampton, que a él le parecía un absoluto desacierto, una inversión disparatada de la que, si no fuera por esta otra grieta íntima y profunda, tal vez habría podido disuadir a Edward. En cualquier caso, echaba de menos la intimidad y el afecto de antaño, con el agravante de que en los viejos tiempos era justo el tipo de situación que habría podido resolver consultando con Sybil, cuya atención y buen juicio valoraba aún más ahora que ya no estaban disponibles. Intentaba hablarlo con ella, pero no servía de nada: la echaba de menos precisamente porque no podía convertirse en ella en aquellas conversaciones. Daba su opinión y después se hacía un silencio mientras lidiaba con su incapacidad para imaginarse cómo habría contestado ella. Con Rupert nunca había disfrutado de la misma intimidad; los seis años que le sacaba habían sido determinantes. Cuando Edward y él se fueron a Francia en 1914, Rupert todavía estaba en el colegio. Cuando Edward y él se incorporaron a la vez a la firma, Rupert se había ido a la Slade decidido a ser pintor y no tener nada que ver con la empresa familiar. Cuando a la postre se incorporó, fue después de muchas vacilaciones y, según Hugh, sobre todo porque quería ganar más dinero para tener contenta a Zoë. Y luego, desde su milagroso regreso (cuando, aunque nadie lo decía en voz alta, hacía ya mucho que todos habían perdido las esperanzas), era como si, una vez pasado el momento de las celebraciones en familia, se hubiese quedado extrañamente encerrado en sí mismo. Hugh había pasado una tarde muy agradable con él, lo había llevado a cenar al día siguiente de que la Armada lo licenciase, y antes de salir se habían

bebido una botella de champán en casa. Rupert le había preguntado por Sybil y él le había hablado de aquellos últimos días en los que habían charlado sin parar y habían descubierto que ambos sabían que se iba a morir y cada uno había intentado proteger al otro; y también del dulce alivio que sintieron al ver que ninguno de los dos tenía ya la necesidad de hacerlo. Se acordó de cómo lo había mirado Rupert, mudo, los ojos llenos de lágrimas, y de cómo, por vez primera desde la muerte de Sybil, se había sentido consolado, como si el doloroso atasco se empezase a disolver gracias a la compasión silenciosa, incondicional, de su hermano. Después habían salido a cenar, y casi casi se había sentido alegre. Pero no se había repetido: barruntaba que la larga ausencia de Rupert y su reserva al respecto encerraban algún tipo de misterio, y después de un tímido intento de averiguarlo renunció a seguir fisgoneando. Se imaginaba que para alguien que había estado aislado durante tanto tiempo, volver a la normalidad de la vida familiar debía de ser difícil, y lo dejó estar.

Estaban los niños, pero su afecto por ellos empezaba a contaminarse de angustia y de cierta sensación de incompetencia. Sin Sybil, le parecía que estaba volviéndose pusilánime. Por ejemplo, con Polly: estaba casi seguro de que se había enamorado. Se venía fijando más o menos desde las últimas Navidades, pero ella no le había dicho nada, había hecho caso omiso de sus intentos (torpes, seguramente) de invitarla a confiarse a él. No habían servido de nada: hacía meses que Polly estaba lánguida, que guardaba las formas y había perdido el brío de siempre. A Hugh le preocupaba, se sentía excluido, temía aburrirla (esto era lo peor de todo, porque si era verdad, o si acababa siéndolo, solo pasaría tiempo con él por compasión). Cuando se enteró de que Louise y Michael iban a dejar la casa de St. John's Wood, había dejado caer que Clary y ella podían volver a instalarse en sus habitaciones del último piso cuando quisieran, pero Polly se había limitado a responder: «Gracias, papá, qué bueno eres», y había cambiado de tema, de manera que estaba bastante seguro de que no iba a hacerlo. Por eso, era absurdo seguir en aquella casa. Solo utilizaba el dormitorio, la cocina y el saloncito del fondo; todo lo demás estaba cerrado y, probablemente, cada vez más cochambroso, pues era imposible que la señora Downs lo limpiase todo en las dos mañanas que venía a la semana. La casa necesitaba personal de servicio, una familia... y, sobre todo, una mujer al frente. La idea de mudarse le horrorizaba: era algo que solo había hecho con Sybil. Con ella, había sido una aventura emocionante

cada vez. Habían empezado su vida de casados en un apartamento en Clanricarde Gardens, lo único que podían permitirse. Desde luego, de bonito no tenía nada: era una planta mal reformada de una inmensa casona estucada cuyo dueño necesitaba los ingresos de la renta. Tenía unos techos altísimos con frisos pintorreados, enormes ventanas de guillotina por las cuales se colaba el aire y un contador de gas que tragaba chelines con la misma voracidad con que las anchas grietas del entarimado devoraban las horquillas de Sybil o los botones que se le caían a él de la ropa. Poll había nacido allí, pero poco después se habían mudado a la casa de Bedford Gardens. Aquel sí que había sido un traslado maravilloso. Su propia casita, con un jardincito delante y otro detrás y con una glicinia que trepaba hasta el balcón de hierro del dormitorio. Recordaba la primera noche que habían pasado allí, aquella primera cena de pastel de cerdo de Bellamy regado con la botella de champán que les había traído Edward cuando recogió a Poll para llevársela a su casa mientras ellos le decoraban la habitación. Hugh se había cogido una semana de vacaciones y entre los dos habían pintado las paredes, habían comido estilo pícnic y habían dormido en un colchón en el cuarto de estar mientras él ponía el suelo de madera del nuevo dormitorio. Había sido una de las semanas más felices de su vida. Simon había nacido allí y no se habían mudado a la casa en la que vivía él ahora hasta que Sybil se quedó encinta por tercera vez.

Llegado a este punto se había cambiado de zapatos, se había lavado, se había servido un *whisky* con soda y se había apoltronado para oír las noticias de las seis. Eran aún más deprimentes de lo que esperaba. Churchill, al que no se habían enfrentado candidatos laboristas ni liberales, había perdido más de una cuarta parte de los votos contra un independiente, un hombre del que Hugh nunca había oído hablar. Se inclinó hasta la radio y la apagó. El silencio invadió la habitación. Siguió allí sentado unos minutos, dando vueltas a qué podía hacer para distraerse. Podría pasarse por el club, donde seguramente encontraría a alguien con quien cenar y tal vez echar una partidita de billar. Pero todo el mundo estaría hablando de las elecciones, y el panorama de una depresión colectiva no era muy atractivo. Podría llamar a Poll..., podría, pero sabía que no iba a hacerlo. Procuraba no llamarla más de una vez a la semana, no quería que pensara que estaba inmiscuyéndose en su vida o que era una carga. Simon se había ido por ahí de vacaciones con su amigo Salter; estaban recorriendo Cornualles en bicicleta. En este

momento comprendió que si Simon había hincado los codos este año era para que le admitieran en Oxford, pues era allí adonde iba a ir Salter. Bueno, ¿por qué no? Sabía que Sybil lo habría visto con buenos ojos, en parte, claro, porque de esta manera tardarían más en llamarle a filas, y a estas alturas incluso podría significar que ni siquiera tendría que ir al frente. Y en cualquier caso, teniendo en cuenta que Sybil daba mucha más importancia a los estudios que el resto de la familia, le habría parecido bien que Simon fuese a la universidad. Para el Brigada eran una pérdida de tiempo y Edward tenía una actitud más bien desdeñosa, pero, claro, había aborrecido la vida en el colegio y había visto el cielo abierto cuando el estallido de la guerra —la otra, la suya— la había interrumpido. Cada vez que salía el tema de las universidades, Edward sacaba a colación aquel debate celebrado en la Oxford Union poco antes de la guerra, en el que, horror de horrores, había ganado el sector pacifista, clara demostración, como no se había cansado de repetir, de hasta qué punto había degenerado la juventud; y de ahí, cómo no, se deducía que los lugares como Oxford no hacían sino contagiar ideas decadentes a los jóvenes. Por supuesto, la guerra había desmentido esto, sin embargo no había llegado a atenuar del todo la opinión de los hombres de la familia Cazalet acerca de la conveniencia de poner fin cuanto antes a los estudios para dar paso a la vida real. El hecho de que Simon hubiese elegido la carrera de Medicina daba un toque de respetabilidad al asunto: la Duquesita, Villy y Rachel lo veían con muy buenos ojos, y en realidad los únicos que se oponían pasivamente eran el Brigada y Edward, y solo porque pensaban, sabía Hugh, que todos los varones Cazalet debían incorporarse al negocio familiar. En cualquier caso, a Simon no podía acudir ahora en busca de compañía. En fin, mañana se iría a Sussex y ya se le ocurriría algo que hacer con Wills, que, en su opinión, padecía un exceso de compañía femenina. Esta noche le daba pereza salir. Se sirvió otra copa y bajó al sótano, donde, después de buscar un rato, encontró una lata de carne en conserva, los restos más bien duros de un pan de molde con el que llevaba toda la semana haciéndose las tostadas del desayuno y un par de tomates que se había traído de Home Place el fin de semana. Lo colocó todo en una bandeja junto con el abrelatas y regresó al salón. No le venía nada mal, se dijo, pasar una noche tranquilita en casa.